

“Poesías para médicos”, de Enrique Sánchez y Pascual

(Un libro de poemas que eleva a la Medicina a la categoría estética)

GUILLERMO VILADOT PUIG

AGRAMUNT (LÉRIDA).

SI nos fijamos en lo que sucede en la vida de un artista—dice H. Taine en su *Filosofía del arte*—, notamos que, generalmente, se divide en dos partes. Durante la primera, que es la juventud y la madurez de su talento, estudia las cosas directamente, lleno de fervor y minuciosidad; las tiene siempre ante sus ojos, se afana y se atormenta para expresarlas con acierto y las representa con una escrupulosa fidelidad, a veces excesiva. Cuando llega a cierto período de su vida, cree conocerlas bien, y no encuentra nada nuevo en su estudio; abandona el modelo vivo, y, valiéndose de las recetas que ha ido elaborando en el transcurso de su experiencia, hace un drama o una novela, un cuadro o una estatua. La primera época corresponde a la verdadera emoción; la segunda, al amaneramiento y la decadencia.»

Y esto que dice H. Taine es también válido para la poesía.

Sin duda alguna, estos cincuenta años y picó que van de 1898 hasta 1950 constituyen para España un breve pero señero segundo Siglo de Oro, porque desde Rubén Darío hasta Blas de Otero, va todo un verbo que responde constantemente a ese impulso emocionado, a ese entusiasmo vivo que, como dice Taine, condiciona la obra de arte en su más exigente realidad. Pues bien: España, a mi humilde modo le observar el fenómeno poético, está abocada a ese amaneramiento. La poesía naciente hoy ya no es una respuesta franca, sin reservas, a una juventud espiritual—que, en el caso de Miguel Angel, duró hasta los sesenta años—necesaria para lograr el arte, sino que la poesía de hoy parte de demasiados tecnicismos, de demasiados estudios estilísticos, de demasiadas teorías estéticas, de demasiadas conquistas, de demasiadas fórmulas. Toda la poesía de hoy no es más que una resultante de la presencia en este segundo Siglo de Oro de Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Machado, Lorca, Alberti, Guillén, Aleixandre y muy pocos poetas más. Todos estos poetas han dado la norma. Los que les han sucedido, tan sólo han fabricado poesía según el testimonio estético de aquéllos. Por tanto, ha comenzado el amaneramiento y la decadencia. Prueba de ello es que la España de hoy no tiene el poeta grande que corresponde a cada generación, porque en ninguno de los poetas actuales es nuevo—totalmente nuevo—ni la forma de su voz ni el mensaje de la misma. Y si sorprende ver cómo esta voz va repitiéndose tan sólo con pe-

queñas variantes de expresión, más sorprende aún que se repitan situaciones y preocupaciones temáticas ya establecidas por poetas y prosistas anteriores. Esta temática pobre es lo que en la poesía actual proporciona una desoladora sensación, porque ni el romanticismo sentimentaloides de José García Nieto es nuevo, ni lo es la preocupación religiosa de José María Valverde. Este continuo recurrir a las mismas fuentes de emoción, a los mismos tópicos de emoción, sin aportar nada nuevo, sino usando el tema del amor, de la vida, de la muerte y de Dios desde los mismos ángulos estéticos, resulta francamente agobiante; y así, aun los que seguimos la cosa poética por puro deporte, llegamos al convencimiento de que más que vivir la poesía, el poeta de hoy la *repite*. Esta poesía *repetida* dista mucho de ser poesía grande y auténtica.

Pues bien: sin que todo lo dicho sea un prólogo para situar en la genialidad al poeta del que vamos a hablar inmediatamente, tenemos que manifestar con profunda satisfacción que ha aparecido entre nosotros un poeta que, desde su humilde forma retórica, pero también desde su auténtica actitud poética, da al traste con tanto amaneramiento temático dentro de nuestra poesía. Me refiero a la obra del doctor ENRIQUE SÁNCHEZ Y PASCUAL titulada—muy mal titulada—*Poesías para médicos*.

En lo que acabo de decir están condensados los caracteres más sobresalientes de la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL. En primer lugar, si digo que tal conjunto de poesías está mal titulado *Poesías para médicos*, es porque si bien ello dice mucho a favor del recato literario del autor, un título de semejante naturaleza es una franca barrera para que el lector no médico o no sanitario se decida a conocer la obra, ya que de antemano parece que se le excluye de la posibilidad de dicho conocimiento, cuando la realidad es que la lectura de la obra es apta para cualquier público de mínima cultura universal. Después de conocer el contenido de la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL se me ocurren muchos títulos que, lejos de predestinar un libro tan interesante a la consideración única de la clase médica, hubieran sido exponentes, reclamos, síntesis de los treinta y seis poemas que se reúnen en el volumen. Incluso estoy por decir que los propios médicos hubieran preferido un título menos concreto, menos especializado, más relacionado con el carácter universal de

la intención poética de la obra. Añado esto para resumir esta idea: el título de la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL tiene el defecto de crear automáticamente un prejuicio que es un estorbo, si no a lo largo de toda la obra, sí, al menos, hasta bien adentrada su lectura. Un título siempre debe ser trampolín, ayuda, iniciación; jamás barrera.

Y, dicho todo esto, pasemos a considerar lo que constituye la obra en sí desde los dos puntos de vista clásicos: la forma y el fondo.

La forma de *Poesías para médicos* es un medio de expresión humilde. Ahora bien: dentro de esta forma se pueden considerar dos aspectos: el propiamente métrico y el propiamente retórico. En el primero es en el que radica la verdadera humildad de expresión, pues los sistemas métricos que se usan son francamente pobres: estrofas asonantadas casi todas, con un abuso de la asonancia e-o. En cambio, en la parte retórica encontramos formas de expresión de una inédita y amplia belleza. En este sentido, en *Poesías para médicos* leemos metáforas de una gran originalidad—porque con ellas se manejan términos completamente nuevos y de una distancia semántica vertiginosa—y de una sugeridora fuerza plástica—porque quien las construye es un auténtico poeta identificado con lo más íntimo de su profesión médica—. Así, tenemos ejemplos de metáforas y de imágenes poéticas en general, en las que, si su factura recuerda el modo de hacer modernista y neopopularista, la emoción estética que producen es radicalmente original:

«... donde el rumor del microtomo puso
amanecer de hielos.»

(A Santiago Ramón y Cajal.)

«Y el xilófono
de los huesos...»

(Rayos X.)

«... y los ojos están sin luz, callados,
morados de silencio.»

(Rayos X.)

«El hipo le sacude
y le salen manchadas las palabras.»

(Amigdalectomía.)

«De nueve lunas blancas el mensaje
se vino sin saberlo,
mediador incansable de la vida
en nueve raros tiempos.»

(Parto.)

«Y la vida pletórica de uno,
potente, ligera,
galopó con un pulso caliente
en veloz carrera
a los fondos resecos del otro.»

(Transfusión.)

«Le pusieron adentro, entre la sangre,
un huracán de vientos,
un simún de promesas...»

(Neumotórax.)

«Quedaron yertos
los íntimos jardines
donde se abren las flores de lo nuevo.»

(Menopausia.)

Pero no es aquí, en la parte formal, donde radica el alto valor poético, sino que la trascendencia de *Poesías para médicos* radica en el fondo, en la insólita temática que un médico pone en juego para elevar a categoría estética el mensaje humanísimo de su profesión. Esta es, y no otra, la aportación insospechada de SÁNCHEZ Y PASCUAL a la poesía actual española.

La Medicina es, junto al sacerdocio, una fuente preciosa de valores humanos. Por continuo trato con el paciente, se descubren facetas humanas, vicencias del más inesperado matiz. El hombre, relacionándose normalmente con su prójimo, deja al descubierto tan sólo una gama determinada de reacciones o de momentos de vida propios. Para que estas reacciones o estos estados de vida sean otros, cambien, es menester una causa con suficiente influencia para provocar y manifestar un sistema de relaciones psíquicas distintas. Una dolencia, en sus múltiples variantes, es el motivo capaz para cambiar este sistema, y quien está en condiciones para observar, aprehender, analizar y estudiar dicha modificación en la expresión de la vida del paciente, es el médico; es el médico, porque es él el único profesional con la suficiente preparación científica, y, además, porque es a la única persona a la que el paciente se confía plenamente, lo cual es casi sinónimo de entrega. (Esta entrega de un hombre a otro hombre tiene un valor que, con la brevedad que redactamos estas líneas, no puede quedar más que insinuado en su trascendentalísima consecuencia.)

Teniendo el médico al alcance de su sensibilidad tanto material humano, y siendo la poesía no más que un humanismo, la aventura poética resulta una tentación irresistible ante la que, por poca vocación artística que se reúna, se ha de acabar sucumbiendo; y cuando la vocación es mucha, la tentación se convierte en lógica actitud estética. Este último es el caso de SÁNCHEZ Y PASCUAL: su obra no es una aventura, sino la respuesta franca, directa y necesaria a la llamada vocacional ineludible.

Así, pues, la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL parte de este manantial humano inagotable para edificar su libro; y, según este punto de partida, el elemento que caracteriza la temática que en él se desarrolla es en todo momento el paciente, el paciente en su calidad de enfermo, o como motivo de consulta, con todos los accesorios propios: la sala de espera, el despacho, el quirófano, los rayos X, la enfermedad misma, la flora microbiana, la célula, el celo, la menopausia, etc. El paciente, con todo un mundo médico a su alrededor que lo condiciona como tal, es, en definitiva, el protagonista de la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL, pues aunque haya poemas dedicados abiertamente a alguno de estos accesorios, detrás de éste se yergue siempre, con toda su capacidad de emoción, la grandeza de exaltada humanidad del paciente.

«El calor le ha dejado dormido,
el calor de su sangre tan nueva,
y en el fondo profundo del cuerpo,
donde corren las rojas esencias,
en los bordes tranquilos apagan
sus martirios pasados las células,
mientras trota su pulso valiente
por el hueco mover de las venas.»

(Transfusión.)

Debido a esto, la obra de SÁNCHEZ Y PASCUAL ofrece al lector lo más opuesto a todo anecdótico

médico más o menos afortunadamente versificado: la categoría del hombre situado, no en su normalidad cotidiana y aburrida, sino en el sobresalto de la anormalidad orgánica o psíquica, desde la que el hombre se manifiesta con una sinceridad inesperada y vehemente, quedando al descubierto su otro modo de ser, si no tan frecuente, sí más humano, más genuino, menos adulterado por mistificaciones intelectuales o sociales. Lo que nos dice SÁNCHEZ Y PASCUAL es la voz del hombre frente a frente con su desnudez de criatura cargada de angustia asfixiante, de lacerante contratiempo, de duda obsesiva, de ilusión frustrada, de certeza aplastante, de alegría súbita, de todo lo que tiene una calidad superior al amaneramiento vital:

«También tiene ilusión ella en los ojos,
donde brinca, entre luces, la esperanza.
Sus dos manos protegen en su seno
su quimera más cálida.»

(Quimera.—Embarazo fantasma.)

«Busca su alma
en el sauce seco
de sus propias entrañas,
el llanto.
Y sólo tropezaba su desierto.»

(Vacío.)

Todo este mundo poético que SÁNCHEZ Y PASCUAL arranca de su profesión es profundamente auténtico, y esta condición de autenticidad da a su poesía una indudable categoría, pues toda poesía que sea invención, pura fantasía, tendrá la gracia de su pirueta estética, de su fría pirueta estética, pero jamás tendrá el poder seductor de un mensaje vivo dicho con la voluntad de confesión más plena. Esta voluntad de confesión la encontramos a todo lo largo de *Poesías para médicos*, y este mundo, dicho sin ambages, es lo que dentro del amaneramiento temático de la lírica de hoy, da una amplia sensación de alivio, haciendo meditar sobre las posibilidades inéditas de la poesía contemporánea y sobre los mundos que, a pesar de su indudable valor humano, no se han incorporado aún a la vocación lírica.

La versión que a través de su poesía nos da SÁNCHEZ Y PASCUAL del mundo médico es una versión casi siempre objetiva, aunque matizada—valorada—por la exquisita sensibilidad del poeta. Pero además de esta confesión sincerísima del mundo profesional circundante, elevado a la categoría de poema, hay que considerar también la confesión, más sincera si cabe, del propio médico como hombre. Un bello ejemplo de ambas actitudes lo tenemos en los siguientes fragmentos:

Se marcharon los dos: ella delante,
con luces de canción entre los párpados
y sonata de «comba» entre los gestos.»

(Spirocheta.)

«Ha entrado. ¿Quién es? Uno que sufre
y que viene de lejos,
de esa región caída de la vida
donde empieza a sentirse el cuerpo.

* * *

Gracias, Señor; te lo agradezco.
Mi primer diagnóstico
fué bueno.
Ayúdale a vivir, te lo suplico...
¡Es mi primer enfermo!»

(El primer enfermo.)

Nada más bello ni sincero ni humano cabe en la voz de un médico. Esta súplica a Dios, después del diagnóstico cierto, condensa toda la limitación humana y es un mentís rotundo al mundo fanfarrón y pedante y peligrosísimo, del médico endiosado. Pero para tener esta fe en Dios, a pesar de estar en posesión de la verdad científica, y confesarla, es menester, entre otras cosas, ser poeta; estar en posesión de la verdad eterna, en la verdad del hombre cara a Dios, lejos de la cual todo se reduce a un narcisismo suicida.

* * *

Todo esto que antecede es un breve y mal ordenado resumen de las muchas cosas que me ha sugerido la lectura del interesante libro del doctor SÁNCHEZ Y PASCUAL. De esta obra de un médico poeta se pueden decir muchas cosas y más inteligentes, pero mi intención es sólo la de dejar constancia de un conjunto de poemas que, dada su íntima naturaleza médica, son de gran trascendencia, pues con *Poesías para médicos* se supera para siempre el tono festivo y anecdótico de los versos que se habían escrito sobre Medicina. *Poesías para médicos* no es la versificación o la narración métrica de unos hechos más o menos emotivos, sino la incorporación de un mundo nuevo—rebotante de valores humanos—a la poesía lírica moderna. Acaso la obra poética del doctor SÁNCHEZ Y PASCUAL, debido a las condiciones de edición y al prejuicio que se deriva de su título, no alcance la difusión que merece, lo cual será siempre un perjuicio grave del conocimiento de unos poemas que, convenientemente considerados, han de constituir un hito dentro de la poesía actual.

